

XXIV PREMIO CACHIVACHES DE RELATO CORTO



UN ASUNTO
RUTINARIO

PSEUDÓNIMO: BELLIDO DOLFOS

La tarde que decidí redactar el informe, ya no tenía dudas de que Marta podía valerse por sí misma sin ayuda de muletas. En realidad, la llevaba siguiendo desde hacía una semana pero la incertidumbre no resistió la primera hora de observación. Y es que uno debe andarse con pies de plomo si no quiere que las evidencias se evaporen como el agua que se escapa de las manos, por no prever que en un juicio las pruebas cotizan más que las palabras. A mí me habían encargado el caso de Marta, quizá porque la compañía de seguros para la que trabajo no confiaba en mi solvencia como investigador, e intuían que la resolución de un caso tan fácil podría reforzar mi estado de ánimo, que estaba en horas bajas después de mi reciente fracaso en un juicio que teníamos ganado.

Marta había contratado con la compañía un seguro de invalidez sólo dos años antes de presentarse en nuestras oficinas acompañada de su abogado y con una cojera que compensaba con un par de muletas. Entregó la documentación convenida, así como el parte de lesiones en el que un tribunal médico independiente dictaminaba que Marta sufría una incapacidad física del sesenta por ciento en su pierna derecha. Y de acuerdo con las cláusulas del contrato, la compañía se comprometió a pagar una pensión de dos mil euros mensuales. Desde ese día empezamos a preparar el contragolpe en busca de pruebas que demostrasen un posible fraude. Cuando recibí el encargo de investigar el caso pensé que se trataría de un asunto rutinario, como uno más de los que ya engrosaban mi hoja de servicios. Qué lejos estaba entonces de comprobar cuán profundos podían llegar a ser los abismos de la indignidad en los que podíamos caer.

Marta vivía en un apartamento de un bloque de pisos de renta antigua, de esos de fachada ruinososa que pueblan los distritos del extrarradio. Yo alquilé una habitación en el edificio de enfrente, que tenía un techo pensado para albergar jirafas, y por la que pagaba 50 euros semanales. A mí me bastaba con disponer en mi habitación de una ventana desde la que podía apuntar con el zoom de mi cámara y disparar a Marta en alguna situación comprometida, incluso fuera de contexto, que hiciera dudar al juez de su invalidez. Especialmente esperaba el momento en que a la entrada o a la salida del portal tuviera que poner los dos pies en el suelo. Entonces, parapetado en la habitación, tiraría una ráfaga de fotos que herirían de muerte los dos mil euros de pensión. Aquello era pan comido, ya lo había hecho otras veces. Pero aquel día mis esquemas saltaron por

los aires cuando vi salir a Marta por el portal sin muestra alguna de haber sufrido secuelas en la pierna derecha y, por supuesto, sin muletas. Me lo había puesto en bandeja pero no supe reaccionar a tiempo, y cuando la tuve a tiro ya se había subido al coche, acompañada de su hija de cinco años, que era su viva imagen a escala reducida. Rápidamente bajé a la calle y la seguí en mi coche a una distancia prudencial. Incluso me vino bien que para no levantar sospechas se interpusiera una furgoneta negra con matrícula de Badajoz. En veinte minutos llegamos al aparcamiento de un centro comercial. Marta se bajó con su hija y se perdieron entre el resto de la gente, mientras yo me quedé en el coche apostado tras el volante, soportando estoico el sol inclemente de junio. Me prometí que no volvería a dejarme sorprender y desenfundé la cámara, dispuesto a inmortalizar una instantánea que tendría una muy difícil defensa ante un tribunal: la de Marta, beneficiaria de una suculenta pensión de invalidez, saliendo por su propio pie de hacer la compra de la semana.

Cuando llegué a la pensión revelé el carrete, en total treinta y cinco fotos. Era más que suficiente para ganar el juicio y me felicité por un trabajo tan limpio y rápido. Además, ello me permitiría contar con una mayor probabilidad de éxito a la hora de recordar a mis jefes la subida de sueldo que ya me habían prometido a primeros de año. Mientras intentaba pegar ojo aquella noche, pensé también en las vacaciones con que premiaban a los que hacían ganar juicios a la compañía. Y puesto que eso ya no me lo iba a quitar nadie, sería de estúpidos acudir tan pronto a las oficinas con la exclusiva fotográfica que probaba el fraude. La compañía me había dado dos meses de plazo para cerrar la investigación, así que decidí emplear el resto del tiempo en descansar, hacer turismo por los alrededores y en vivir alguna aventura con chicas que merecieran un hueco en mi recuerdo, aunque tuviese que correr por mi cuenta con ciertos gastos que más me valdría ocultar ante mis jefes. Pero antes de dejar zanjado el asunto debía atar todos los cabos y aún tenía que encontrar una explicación convincente al comportamiento de Marta. En el fondo había una cuestión que se me escapaba. No sabía el motivo por el que ella imploraba el pago de una pensión de invalidez cuando era evidente que trataba de engañarnos. Me desconcertó porque yo estaba habituado a bregar con farsantes que hacían del engaño una profesión. Me había curtido en el juego

del gato y el ratón, pero no estaba preparado para asumir que el ratón viniera dócilmente a entregarse. O Marta desconocía las reglas del juego, o bien había inventado uno nuevo cuyas normas sólo sabía ella, por lo que me obligaba a iniciar mis movimientos en clara desventaja. Ya no quise darle más vueltas y durante los siguientes días me propuse confirmar si Marta sólo era una caradura incauta, sin otra intención que vivir gratis como tantos otros a los que había investigado; o por el contrario, su aparición deliberada en un centro comercial, a la vista de todos, acompañada de su hija y tirando de pesadas bolsas, formaba parte de una puesta en escena de un significado desconocido para mí.

Después de constatar qué hacía Marta, había llegado el momento de averiguar quién era ella en realidad. Mis jefes me habían proporcionado un informe con el que, según ellos, me sobraría para conocer la vida de Marta: su edad, estado civil, domicilio, trabajo actual, cuentas bancarias disponibles y alguna que otra vaguedad más o menos prescindible. Pero eso sólo me servía como punto de partida de la investigación. Lo que yo necesitaba saber era a qué hora se levantaba, qué amigos tenía, si el colegio de su hija estaba cerca o necesitaba coger el coche para llevarla, a qué dedicaba los fines de semana, dónde realizaba la compra, si leía la prensa o prefería gastar tiempo y dinero en el gimnasio, si vivía de alquiler o tenía la casa en propiedad, cuánto tiempo llevaba viviendo allí, qué programas de televisión le gustaba ver, cuántos mensajes de redes sociales recibía o efectuaba a lo largo del día, qué relación mantenía con su familia... Cualquiera de esos detalles me hablaba mucho mejor sobre ella que todos los papeles que pudieran prepararme. Ellos lo sabían y yo también, así que cada uno representaba su papel al inicio de cada encargo, con el convencimiento de que todo el trabajo estaba en mis manos y todavía sin hacer. El caso de Marta no era una excepción. El primer día de trabajo ya había conseguido las pruebas gráficas, pero ahora me tocaba bajar a la arena en busca de testimonios u otras pruebas más íntimas (y por tanto más consistentes), que afianzaran la tesis de la compañía. Se me ocurrió que hacerme con su correo postal podría aportar alguna pista en la buena dirección. Así que al tercer día me dejé ver por el portal a la hora en que el cartero acostumbraba a hacer el reparto de la correspondencia. Entré y esperé en los buzones la llegada del funcionario con su carrito amarillo.

–Disculpe, ¿tiene Marta algo para hoy? –Pregunté al cartero cuando se disponía a meter los sobres.

El hombre se me quedó mirando con el rostro paralizado por la duda o la sorpresa. Se le notaba reposado, con ese equilibrio de quien ha encontrado la paz interior; o tal vez fuese indiferencia, o incluso falta de sueño. Tenía gafas de bibliotecario que sólo utilizaba como adorno, porque su ubicación en la punta de la nariz auguraba una más que probable caída por el precipicio.

–Es que está de viaje, ¿sabe? Y me ha encargado que le recoja las cartas. Soy su vecino –Añadí para terminar de convencerle.

Mi rogativa surtió efecto cuando sin rechistar me entregó tres sobres del montón que iba a repartir. Le di las gracias y subí las escaleras hasta el primer descansillo para perderlo de vista. Allí esperé a que saliera y, una vez despejado el camino, bajé con paso decidido mientras guardaba las cartas en un bolsillo camuflado del pantalón. No pude creer en mi suerte y para celebrarlo decidí pasarme esa noche por el casino y sacar algún beneficio económico a mi buena racha. Apenas había trabajado unas horas en los tres días que llevaba siguiendo a Marta y, en vista de mi éxito, podría conseguir lo que me propusiera. Pero al salir a la calle los hados de la ruleta detuvieron la bolita en el negro, cuando yo había apostado por el rojo. Y es que un hombre leía un periódico apoyado en la pared junto al portal. No sé por qué, tuve un mal presentimiento al pasar a su lado, de modo que aceleré el paso. No me dio tiempo a más. El hombre tiró el periódico al suelo y me agarró del hombro con sus manazas de simio, con tanta fuerza que me dejó sin respiración y me obligó a dar la vuelta.

–¡Valiente hijo de puta!

Su voz destilaba rabia y ese aire de seguridad en sí mismo de los profesionales del mamporro. Me sacaba una cabeza y tenía una complexión de atleta olímpico. Además, lo que me diferenciaba de él era una juventud de diez años en su favor, un detalle fundamental cuando uno ha pasado ya de los cuarenta y cinco sin pisar un gimnasio. Para colmo, su cuello estaba protegido por unos trapecios de impresión y su pecho parecía pensado para albergar tres pulmones o más. En tales circunstancias, recibir un directo de derecha en pleno rostro era un mal menor que debía asumir. La

fuerza del golpe me llevó al suelo, momento que aproveché para arrebujarme en posición fetal. Ni siquiera se me ocurrió ofrecer resistencia, ni pedir explicaciones por su acción. Sólo esperaba que el temporal pasase cuanto antes.

—¡Como vuelvas acercarte a Marta, te mato!

Y se despidió de mí con un puntapié en el hígado que sentí como un latigazo en mis entrañas. Dejé pasar unos segundos hasta recuperar el aire, y al ver que mi agresor había desaparecido calle arriba, me puse en pie y me fui a casa, ante el asombro de los transeúntes. Entré en casa como pude, doblado de dolor y humillación, y me encerré en el cuarto de baño con la esperanza de cortar la hemorragia nasal con un chorro de agua fría. Cuando al fin lo conseguí me miré en el espejo. Veía a un hombre derrotado por el miedo y la angustia, desnortado por el peligroso rumbo que estaba tomando el caso, y por ello mismo, comido por la duda de dejarlo todo como estaba y volver a la oficina con las fotos, o continuar adelante con la investigación vadeando las dificultades como fuera, aunque tuviera que utilizar la cara como parachoques. El tabique desviado y la hinchazón de narices bien merecían una oportunidad de redención, así que decidí seguir adelante, pero esta vez con más cautela y sin dejarme ver durante un tiempo. Aproveché esos días de ermitaño para analizar la situación con detenimiento. Descarté, de entrada, que Marta fuera por la vida como una caradura incauta y sin malicia. Su forma de proceder respondía más a una estrategia calculada, como hacen esos profesionales del fraude acostumbrados a la impunidad. El hecho de ir a cara descubierta, haciendo alarde de exhibicionismo en el centro comercial o repartiendo estopa en plena calle, incidía en mi apreciación. Ahora a los dos los veía como miembros de una peligrosa banda de delincuentes sin escrúpulos. Y eso me preocupaba porque era yo quien llevaba las de perder. Pero de igual manera tenía claro que sólo iba a recurrir a la policía como último recurso, pues aún podía avanzar en la investigación con mis propios medios, que incluían algunos contactos extraoficiales con confidentes en el juzgado.

Repasé otra vez las fotos porque era probable que en alguna de ellas aparecieran detalles que antes habría dejado pasar por alto. Y efectivamente, observando mejor, reconocí al matón que me había reventado las narices. Acompañaba a Marta con discreción a la salida del centro comercial, separado una decena de metros. Desde luego

no era una casualidad que estuviera entre la gente, justo en el momento en que Marta había decidido hacer la compra. Tampoco me ofrecía dudas el que la relación entre ambos fuera estrictamente profesional y jerárquica, en la que ella ocuparía un escalón superior, y él sólo sería un sicario a su servicio. El hecho de que él no la ayudara con las bolsas era una prueba de que no existía ningún vínculo afectivo. La última instantánea mostraba a Marta poniendo en marcha el vehículo y, unos metros más allá, a su matón subiendo en una furgoneta negra con matrícula de Badajoz. Guardé las fotos y me asomé a la ventana. Al final de la calle estaba aparcada esa misma furgoneta y me maldije por haber bajado la guardia al obcecarme con Marta y haber permitido que un puñetazo me forzara a ver la realidad. Me habían descubierto y ya no podía hacer mi trabajo sin que supieran de mis movimientos. Necesitaba ayuda, así que hube de recurrir a Gerardo, a quien conocía desde hacía diez años y que ya me había salvado de más de una situación comprometida.

Quedé con él en una cafetería cercana esa misma tarde. Era abogado pero había decidido quedarse para siempre con la plaza de agente judicial, obtenida en su época de estudiante. Decía sentirse más cómodo sin complicarse la vida en un horario envidiable de media jornada, que andar bregando en pleitos que sólo le iban a reportar un poco más de sueldo y muchos dolores de cabeza. Escuchó con gesto de apopléjico mi relato de los hechos, desde la firma del contrato de Marta con la compañía hasta la llamada de urgencia que hube de hacerle como tabla de salvación.

—¿Qué quieres saber? —Me preguntó sin dejarme terminar.

Gerardo no se andaba con rodeos, atacaba los problemas de frente ofreciendo una solución a la que ponía precio en función de la liquidez del demandante. Por eso nunca era un precio razonable.

—Quiero saber quién es Marta, si tiene cuentas pendientes con la justicia y si tiene antecedentes policiales. También quisiera saber quién es el maromo que la acompaña.—

Le entregué una de mis fotos del centro comercial.

—Esto requerirá tiempo...

Entendí que se refería al dinero, así que le entregué como una especie de aval, una de mis tarjetas con el membrete de la compañía en letras doradas.

–Lláname cuando sepas algo. Estoy respaldado –Dije.

Gerardo estaba habituado a sujetar la sartén por el mango y no admitía de buen grado que nadie le aconsejara cómo debía proceder. Él pronunciaba siempre la última palabra y administraba los silencios según su criterio.

–El acceso a los archivos está ahora más restringido –Dijo para recuperar la iniciativa. Tomó el último sorbo del vermú al que le había invitado mientras calibraba el estado de indefensión en que me encontraba. Decidió que ya había llegado el momento de darme la estocada, así que después de unos segundos de silencio, sentenció:

–Veré qué puedo hacer... Por lo que me has contado, debe ser un asunto de narices – Hizo ademán de levantarse.

–Muy gracioso. Por cierto, antes de irte, por si te sirve de algo, esta mañana me hice con tres cartas tuyas –Saqué los sobres del bolsillo camuflado del pantalón– Una es del ayuntamiento y las otras dos deben ser facturas.

–Devuelve esas cartas, haz el favor. Yo sé hacer mi trabajo, tengo mis contactos. No me hagas perder el tiempo –Y salió del local sin despedirse de mí.

Allí me quedé, maldiciendo mi suerte, sin tener la seguridad de haber acertado al recurrir a Gerardo. Él era eficaz y con eso debía bastarme, aunque luego se descolgara con una petición exagerada en pago a su trabajo, como tenía por costumbre. Aún me dolía la nariz, pero más dolor me producía sentirme atado de pies y manos, sin disposición de elegir. Bien es cierto que todavía estaba a tiempo de dejarlo todo y volver a la oficina con la prueba irrefutable del reportaje, pero aún confiaba en satisfacer mi curiosidad en apenas unos días y poder disfrutar del mes y medio que tenía por delante. Volví a la casa tan cansado que no quise quitarme la ropa para dormir. El día había dado mucho de sí, quizá demasiado, y la noche requería ahora un descanso acorde. Pero al echarme sobre la cama sonó mi teléfono móvil. Era Gerardo.

–He estado mirando algo. Por si te interesa, Marta tiene una citación judicial para este viernes a las diez. De momento no puedo contarte más. Antes tengo que confirmar ciertos detalles. Tendrás noticias mías.

La llamada no me sorprendió. Gerardo sabía dar carrete a sus clientes. Durante las primeras horas de cada encargo rastreaba cualquier información, por insignificante

que fuera, y la ofrecía en un tono entre confuso y misterioso para cumplir dos objetivos: por un lado, obtenía la total confianza de su interlocutor y abría además las puertas para una posible colaboración en el futuro; y por el otro, dejaba claro que si alguien debía manejar las riendas de la situación, ese era Gerardo.

Esa noche pegué ojo como no recordaba desde mis tiempos de estudiante. Al día siguiente reflexioné reposadamente y concluí que Marta respondería a la citación: después de todo, tenía domicilio fijo y a buen seguro, estaría controlada por la policía. Dada su desfachatez, no tenía sentido esconderse ahora. De no haberme dejado llevar por la desesperación que me propinó el golpe, podría haberme enterado por mis propios medios de la citación judicial de Marta, y quizá la llamada a Gerardo habría sido innecesaria. Pero ya no había marcha atrás posible y esperé hasta el viernes para obtener información de primera mano. Ese día rondaría por el juzgado sin decir nada a Gerardo, y de esa manera podría contrastar el resultado de su trabajo con lo que yo pudiera averiguar por mi cuenta.

Lleno de autoestima dediqué la mañana del jueves a visitar al doctor Sugrañes, a quien recurría para arreglar algunos desperfectos que luego cargaba en la cuenta de la compañía. Y es que por las características de mi trabajo uno debe tener amigos hasta en el infierno.

—Mala pinta, sí señor —El doctor Sugrañes suspiraba en lugar de respirar. Bata blanca, manos en los bolsillos, gafas de aumento que hacen que sus ojos parezcan de caballo y fonendo colgado al cuello como si fueran tirantes. Treinta y cinco años ejerciendo le hacían ver la vida de otra manera, mucho más relajada y provechosa.

—¿Y de cuánto dices que es la pensión? —Me preguntó.

—Dos mil euros mensuales.

—En ese caso te cobraré ochocientos por el informe.

—Como quieras. El juicio lo ganaremos de calle, así que no habrá problema.

Con manos de experto sólo necesitó cinco minutos para rellenar el parte de lesiones que luego yo presentaría en la compañía para el pago de una indemnización como estaba estipulado en mi contrato. El doctor Sugrañes tenía el respeto de todos ganado a pulso, así que nadie le regatearía la conmoción cerebral, ni la falsa fisura de la

quinta costilla con posible afectación de la vesícula biliar, que engordaban generosamente mi parte de lesiones, y que me hacía sentir como un herido de guerra que regresa a casa convertido en un héroe. La ventaja de tener amigos hasta en el infierno es que te sacan de cualquier apuro con un simple chasquido de los dedos. El problema se me presentaba a la hora de pagar por esos favores porque la compañía se desentendía por lo que consideraba una desviación de la legalidad y del buen uso de los protocolos de actuación, de modo que a la hipoteca con Gerardo habría de sumar la que acababa de contraer con el doctor Sugrañes, a las que debía responder con los fondos de mi cuenta corriente. Después de la visita al doctor Sugrañes regresé a casa con el propósito de hacer vida monacal en mi habitación hasta el viernes.

Necesitaba tranquilidad, evadirme de los problemas. Los jardines del estanque, a sólo un par de manzanas de la casa, me ofrecían una alternativa más apetecible que contemplar la agonía de la tarde desde la ventana de mi habitación. Así, sentado en un banco, veía a los patos comer el maíz que yo les tiraba con esa despreocupación de los pusilánimes. Sentí un poco de envidia por la vida de los patos, pues resultaba muy relajada y desprovista de esos sobresaltos que quizá luego son los que nos hacen apreciar los momentos más amables. Para aquellos patos no existía esa mitad oscura de la vida que la dotaba de sentido. Tenían el alimento asegurado y se sabían protegidos en ese edén particular. Yo no aspiraba a tanto, pero sí al menos a cerrar el caso de Marta con la conciencia tranquila que da un trabajo bien hecho. Ya no me apetecía seguir en él y me puse como límite ese mismo viernes. Si para entonces no conseguía avanzar de forma tangible pese a la ayuda de Gerardo, determiné echar el cierre y olvidarme de Marta y su matón hasta el día del juicio. Las pruebas ya las tenía, sólo faltaba vencer mi cabezonería por hallar una explicación a todo.

Al fin amaneció el viernes, y lo hizo con esa rara iluminación de los días que barruntan algún tipo de calamidad. Al mirarme en el espejo corroboré mi presentimiento: la hinchazón de la nariz se había extendido también a la bolsa de los ojos con un tono escarlata que sugería una probable consanguinidad con Boris Karlov. Disimulé mi apariencia de monstruo con unas gafas de sol. Además, ello me sirvió para ocultar mi identidad a los posibles testigos de mi ajuste de cuentas. Y es que al salir de

casa, camino del juzgado, pasé junto a la furgoneta negra con matrícula de Badajoz, y asegurándome de no haber nadie en los alrededores, saqué mi navaja multiusos y la hundi en dos de sus ruedas. Después conduje mi coche y aparqué frente al juzgado pasadas las nueve. Era muy temprano y no había apenas actividad, así que esperé en el coche la llegada de Marta. Aún no sabía si Gerardo podría solventar la papeleta que le había encargado, o para ser más exactos, no sabía cuándo estaría dispuesto a proporcionarme la información, porque no tenía dudas de que ya debía conocer todos los detalles. Pero sus servicios estaban muy cotizados y yo no era un cliente con recursos ni con capacidad de influencia o intimidación, motivo por el que debía respetar el turno de sus prioridades.

A cinco minutos de la hora fijada apareció el coche de Marta. Aparcó en doble fila a las puertas del juzgado. Conducía su sicario. Se bajó y abrió la puerta del copiloto. Con sus brazos de leñador, no tuvo problemas para ayudar a Marta a salir del coche a la pata coja. Le entregó después las muletas que guardaba en el maletero y la acompañó hasta la puerta del juzgado con el celo profesional de un guardaespaldas de actriz americana. Después volvió a subir en el coche y salió a buscar aparcamiento. Acababa de asistir a una nueva comedia, pero ya no me sorprendí. Rápidamente bajé del coche y me dirigí al juzgado procurando no dejarme ver. Pero justo antes de abrir la puerta alguien me llamó la atención a mi espalda.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

Enseguida reconocí la voz de Gerardo y me volví. Sonreía de forma desmesurada mientras agitaba un sobre de papel manila. Yo no quise contarle mi verdadero propósito, por si aún podía sacar ventaja de jugar a dos cartas.

—He venido a buscarte —Balbucí sin pensar si había sido una buena respuesta. A Marta ya la había perdido entre los pasillos del juzgado.

—Llegas en buen momento. Venga, te invito a un café, aún dispongo de media hora.

Su falsa locuacidad seguramente sería el colofón al trabajo que le había encargado, el preludio a la extensión de una factura que premiara su esfuerzo. Empleaba el tono solemne del que presenta un proyecto por el que ha sacrificado una buena parte de su vida, con esa seguridad que da conocer todos los detalles, y lo hacía sin disimular

una distancia calculada, como aquel que hace del trapicheo de la información un modo de ganarse el pan. Entramos en la cafetería de enfrente y nos sentamos a la mesa más apartada de la barra. Allí, alejado del bullicio, Gerardo me presentó el resultado de la investigación. Abrió el sobre y extendió los papeles sobre la mesa.

–Ha sido más fácil de lo que esperaba –Dejó de sonreír para dar paso a un gesto de afectación. Me explicó que el nombre de Marta efectivamente aparecía en los archivos del juzgado, pero no en la lista de personas con antecedentes por delitos, sino como denunciante. En los últimos cinco años había acudido en cuarenta ocasiones a presentar denuncia contra su ex marido por amenazas y malos tratos. Me presentó una fotocopia de su última denuncia, fechada tres meses antes, en la que le acusaba de intento de asesinato después de que en los aparcamientos de un centro comercial la atropellara con un vehículo todo terreno y le causara lesiones irreversibles en la rodilla derecha.

–Eso no es cierto –Puntalicé– Puede valerse sin muletas. De hecho, la vamos a denunciar por estafa. Tengo pruebas.

–Yo no me atrevería a juzgarla. No quisiera estar en su pellejo, ¿sabes? Además de estas denuncias, ha presentado otras diecisiete por el impago de la manutención de su hija, a la que tiene derecho por resolución judicial. Ponte en su lugar y pregúntate de qué serías capaz para salir adelante. El dinero del seguro no le servirá para hacerse rica, ni para reírse de ti. Te lo garantizo.

Gerardo era un experto en golpes bajos. No se conformaba con exponer el resultado de su trabajo, sino que le daba forma y le aplicaba un barniz ético que olía a impostura, como si hubiese que acatar su criterio como parte del pago por sus servicios. A mí, la moralina de Gerardo me resbalaba. Yo no quería discutir, así que fui al grano.

–¿Y qué hay del hombre?

–Ha desaparecido desde el atropello. Aún está en busca y captura –De nuevo volvió a hurgar en la herida, pero esta vez sí acusé el golpe, como si hubiese recibido un gancho de “Mano de Piedra”.

–Me refiero al individuo de la foto. ¿Quién es? –Resoplé.

–Es su escolta. Forma parte del programa de protección de mujeres maltratadas. Es un profesional curtido en los peores garitos del barrio latino. Ya sabes a lo que me refiero.

–Desde luego –Rematé señalando mi nariz.

Había pasado el tiempo que Gerardo tuvo a bien concederme. Me dejó el sobre como aval de su trabajo y llegamos a un acuerdo por sus honorarios. En menos de una semana había redondeado un sueldo que triplicaba con creces el del mejor abogado del estado. Y a pesar de ello, salió de la cafetería para cumplir con la rutina de un discreto agente judicial. Allí me quedé, entre los cafés a medio consumir, una bruma de tabaco de tertulia y muchas dudas que asediaban mis códigos de conducta.

Alcé la mirada. A través de la cristalera vi a Marta atravesando el umbral de la puerta del juzgado con la torpeza de una mala actriz que no ha ensayado la escena. Su hija, que la esperaba en la calle junto al escolta, corrió a su encuentro. La vi alegre, no sé si ajena al tormento diario de su madre, o con esa desenvoltura hipócrita adquirida de los adultos. Al verla supe que ya nada podía hacer, salvo cerrar el caso y dejar que la vida siguiera su curso.

Así que volví a mi habitación y me senté a redactar un informe que despaché con un escueto: *“No he advertido nada anormal”*